

LA PRODUCTIVIDAD, EJE DE NUESTRO PROYECTO HISTORICO

Hay un hecho que está presente a lo largo y ancho de la superficie de la vida pública mexicana y que en esta hora sufre las convulsiones críticas más sorprendentes que llaman la atención de cualquier común observador. Este hecho, revestido de un mecanismo reivindicador de la pobreza y el hambre, es el imperio de las mayorías de la comunidad mexicana. Este imperio de las mayorías, es sin temor a dudas, un símbolo del tiempo, una letra política de alta calidad histórica. Esta expresión, signo del tiempo presente y efecto de fuerzas económicas, sociales, intelectuales y morales, es, posiblemente, el ya latente conflicto que se suscita a cada momento del social vivir de nuestra comunidad.

Si encajamos la vista en una parte de la superficie de la vida pública, vemos que esa cosa, la pública, se desvela a sí misma y se rebela insistentemente como crisis de la moral, crisis de la inteligencia, del sentir, del amar, amén que nos manifiesta también lo que le corresponde por natural esencia a la crisis de la economía, de la administración pública mexicana; es un hecho que para nuestro pueblo está lleno de simplicidad, de llaneza, parece ser que es un fenómeno ligero, cuyo fardo pesa liviano en nuestro cotidiano vivir y reaccionar ante las cosas que nos rodean, que nos envuelven, circundando nuestros ojos con la venda del no veo, envolviendo a nuestra mente con el tapujo del no entiendo y amarrando nuestro corazón con el antifaz del no siento. No se ve, no se entiende, no se siente nada.

El cotidiano vivir de nuestro pueblo parece resignado a su destino de vivir y reaccionar siempre aglomeradamente, en puño, en montón, en fila. Si salimos a deambular por nuestras calles citadinas, vemos que abundan los peatones, los automóviles, las tiendas, los hoteles y los cines, pero también observamos que en cada uno de ellos abundan los niños, los jóvenes, las mujeres y los hombres. Hay abundancia, hay demasiados, son muchos. Este hecho, evidente manifestación de la abundancia y del lleno, deja impreso en nuestro corazón una profunda sensación de zozobra, de desorientación, de mar, es un mar de gente en oleadas más o menos benignas, más o menos malignas, más o menos agresivas; pero más que menos abundantes. Ya no hay hombres, sólo hay grupos; el hombre está perdido, sólo se encuentra aglomerado, conglomerados de hombres que forman muchedumbre, montones de cosas, todo un montón. Este fenómeno, signo de nuestro tiempo, tiene manifestaciones abigarradas en las estructuras públicas que no podrían en ningún momento escaparse de este síntoma del lleno, del montón. La mediocridad impera sobre el talento, la pluralidad gana a la unidad, el montón triunfa sobre la individualidad. Cunde por todas las partes la productividad, que como signo del tiempo deberá ser una presencia insustituible en toda la actividad pública y privada. La productividad encierra en su centro conceptual una enorme dosis de conciencia, de individualidad, un rechazo a la muchedumbre, un profundo sentido de introspección, de ir hacia dentro de nosotros mismos. La cuestión de productividad no se plantea desde fuera, ni hacia fuera, contrariamente hacia dentro, desde dentro. Entender a la productividad como cuestión muchedumbraria, como justificación para masificar, es poner al hombre en la mediocridad, es propugnar abiertamente por lo improductivo, por lo inútil. Hacer masa con los "sistemas" de productividad, es lo improductivo de los "sistemas" que tienden a la rentabilidad. La productividad debe contemplarse como acción y pensamiento que se mueve en curva, en este caso, el pensamiento lineal y su

acción correspondiente, deberán ser ausentes, deberán estar fuera; introducirlos, es ya improductivo. Si escuchamos el común hablar de nuestros próximos, de los diarios, de los medios de comunicación masiva, observaremos que los análisis se hacen sólo a aquellos que están fuera, lejos, a aquellos que no son ellos, ni los de ellos; ellos y los de ellos son altar santo, intocable, intachable, virgen. Crítica de lo externo, reconstrucción de las fachadas, de los afueras, análisis de lo que aparece afuera como ajeno a nuestra verdad, a nuestras cosas. Y para pagar el tributo, aquí también se hace un análisis de lo externo. *Drama y Ajeno*, dos sinónimos permanentes e inmovibles, llenos de contenido, llenos de forma, multicolor abanico de expresiones. Las cosas las entendemos afuera y para afuera, las captamos en el exterior y sólo allí les damos existencia, les damos verdad.

La historia de México ha sido siempre la historia de los dramas: el drama de los campesinos, el drama de las universidades, de los obreros, de la vida pública; el drama de todos. Pero siempre, esa tercera persona, es decir el drama, que está fuera de nosotros, o de aquellos que viven situaciones dramáticas, quedan idealizados en una tercera persona, intangible, lejana, dividida, separada. Vivimos el exterior, en el exterior y para los afueras, queremos encontrar allá en el frontispicio de las cosas, la verdad inmovible de nosotros, de nuestra esencia temporal, de nuestra verdad en este espacio-tiempo que nos envuelve, que nos rodea, que nos distrae. Allá en el exterior queremos dar sentido a nuestra vida, a nuestra imaginación, a nuestra inteligencia. Queremos entender de todo, deseamos amar a todas las cosas en el exterior. Somos antenas de mil ondas y veletas de mil vientos. En el exterior, allá en la historia, en hecho pasado, en la cosa pretérita se encuentra el símbolo redentor de nuestro futuro incierto.

Hablar de productividad siempre ha sido tarea más o menos fácil. Sin embargo, hacer congruente idea de productividad con

acción productiva es tarea difícil, disímbola, separada. La idea y la acción de productividad exigen la elevación del nivel histórico de nosotros. Exige la identidad nuestra con la identidad de la historia, del inmediato futuro y porvenir. Nosotros, historia futura grabada en este presente, somos la esencia de la aptitud de nuestra productividad, de la productividad de lo que nos rodea. Nosotros hacia dentro, es productividad hacia fuera; nos con nosotros mismos es productividad hacia dentro y hacia fuera; nos en nosotros mismos es productividad para la historia por venir.

El eje de nuestra productividad, es la aptitud de nuestra presencia de espíritu, de nuestra vigilancia del movimiento interno y externo de nosotros. La base de la productividad es encontrar el punto de partida desde donde comenzaremos a medirla, es decir, encontrar el eje substantivo, el punto centro desde donde relacionaremos el espacio-tiempo de las cosas externas. Ese punto centro, núcleo de medición desde donde se dice la mayor productividad o improductividad, es ese punto quieto, sentado, estable; un núcleo reposado: somos nosotros mismos, hacia dentro, quietos, estables, sentados.

La productividad no es masa, ni acción de masas, la real y auténtica productividad tiene de base la insustituible dosis de individualidad, de unicidad, de personalidad. La productividad históricamente hacia el futuro concebido nos tiene como eje a nosotros, aquí y ahora; no en ese movimiento inútil de vaivenes externos, sino antes bien, sentados en nuestras propias almas y bañados de nuestra conciencia de nosotros mismos, como hombres hacia dentro, como hombres de dentro, como hombres interiormente quietos, reposados, llenos de vida interior, desde donde nace lo creativo, la fantasía, la espiritualidad y la grandeza de ideales de acción, que constituyen la esencia de la trascendencia histórica, la substancia de la productividad.

Los hombres y las sociedades comienzan a hablar de productividad cuando empiezan a ver hacia dentro, cuando quietos en el camino se sientan a contemplarse a sí mismos y encuentran vacío, esterilidad, erosión de ideas, carencia de fantasía, ausencia de esperanzas, de creencias y armonía. Los hombres y las sociedades comienzan a ver lo improductivo, no cuando examinan la pretérita historia disímbola, pasada; antes bien, comienzan a ver su improductividad cuando se revela un presente confuso, decadente y un futuro no menos confuso, no menos incierto; cuando tienen temor del futuro, cuando ya las creencias no tienen sentido, cuando el sentido de esperanza se convierte en oleadas de desaliento y vaciedad.

Nuestra sociedad mexicana deberá comenzar a plantearse la enorme necesidad de productividad, no una productividad euclidiana, lineal, desde los criterios de cuantificable y cambiable utilidad, en base a sistemas matemáticos, de rigurosa logística; antes bien desde el vértice de la concepción esférica, desde las partes del todo, desde lo que aparentemente no es utilitario, desde los valores del espíritu, desde la moral, desde el acantilado de la fantasía, desde la esperanza, desde la creencia comunitaria. Desde aquí, desde la atalaya de lo aparentemente improductivo, desde donde directamente no se producen montos de utilidad cuantificables y cambiables, desde el mar abierto de los valores morales y del espíritu, desde aquí curiosamente, comenzará el tiempo histórico, por venir la otra superficie de nuestra vida nacional, el alma de la productividad.

Nuestra sociedad mexicana pide a gritos, desde todos los rincones, su desmasificación, pero desgraciadamente, esta solicitud lleva ya impreso el estigma de la *petición*, como si desde fuera, a manera de un milagro mesiánico, se nos fuera a dar por divina infusión nuestra individualidad, nuestra inmunidad a la masificación, nuestra vacuna para sobrevivir en muchedum-

bre, en montón. Todos padecemos ese signo de los tiempos modernos. Cuando menos queremos nos encontramos envueltos por la muchedumbre, por el montón. La individualidad no nos va a venir desde fuera, no se nos va a dar en forma gratuita. La individualidad no se pide. Esta autenticidad con uno mismo, este ser uno mismo ante el mar de la alteridad o del ser otro o como los otros, se consigue desde dentro de nosotros mismos, en la reflexión con nosotros. Somos unos perfectos buscadores de seguridad y esa búsqueda se convierte en el principal ingrediente de la improductividad, dado que en ella concentramos nuestra energía, nuestro tiempo y nuestro espacio vital. Nuestra seguridad la buscamos en las cosas, en las personas, en el alimento, en la propiedad, en la división de clases, en muchas creencias y en las ideas definidas. Es de este modo como la mente nuestra procura en todo momento estar en seguridad, sentir certeza y, sobre esta base, construimos todos los cimientos de nuestros pensamientos, de nuestros afectos y de nuestras acciones. Es de vital importancia, es histórico para nosotros y la sociedad en que vivimos, detenernos a pensar múltiples veces si existe la seguridad y, sobre todo, si aquello sobre lo que fundamentamos nuestra seguridad tiene trascendencia histórica, tiene trascendencia social; o es lo superfluo, lo caduco, lo pasajero. Sólo en el reducto interno de nosotros mismos, en el interior, en la reflexión, sentados ante y con nosotros, podremos encontrar respuesta a la existencia de la seguridad y nominación de las cosas, personas, ideas y sentimientos en los que ella se fundamenta.

La productividad es una cuestión de creencia y de confianza. Pero ¿qué entendemos por creencia? ¿tenemos que creer, como algo obligatorio e ineludible? Existe en nuestro pueblo y en nosotros mismos, un profundo deseo de certeza, una enorme necesidad de estar ciertos, de estar seguros. Reafirmamos nuestras creencias religiosas, confirmamos nuestros credos po-

líticos, fanatizamos nuestras mentes y corazones con las creencias políticas, jugamos a la lotería porque creemos en la suerte. Si no creemos en la suerte, si no creemos en algo, o si carecemos de creencia alguna, seremos presa de profundo desasosiego. Así pues, la mente en busca de seguridad, crea la creencia o se apega a la creencia o creencias de los demás.

Nuestra sociedad mexicana ha sido improductiva a causa de las creencias, nosotros los mexicanos tenemos muchas creencias. Pero si observamos los efectos que las creencias provocan, o han provocado en nuestra sociedad, en lo político, en lo administrativo, en lo económico, en lo social, en lo religioso, contestaremos que existen innumerables ideas, planes y programas que según creemos van a resolver nuestras dificultades. En la vida política hay una enorme cantidad de grupos y de partidos, que tienen también una gran cantidad de creencias sobre lo que es y debe ser la política. Podríamos afirmar que cada corazón es una creencia, por tanto hay creencias de extraordinaria variedad. Cada uno de nosotros, profesa su creencia, ya que ella nos provoca un profundo consuelo y quietud espiritual. Pero aquí es, en esta constancia, donde aparece lo crítico, el conflicto; a gran cantidad de creencias se añade la inevitable gran separación de los hombres. Cuando buscamos seguridad y tenemos una creencia particular, nos separamos inmediatamente, radicalmente, opuestamente de aquellos que buscan seguridad y sociedad en otro tipo de creencias. Nosotros los mexicanos, somos separatistas, aunque prediquemos la fraternidad y el enorme mexicano-nacionalismo, ya que tenemos muchas creencias, que ya de por sí son separatistas. Eso es lo que realmente ocurre en nuestro mundo político, en nuestro universo de los negocios, en el ámbito de la administración pública y privada; eso, exactamente, acontece en nuestra vida regional y nacional, porque la creencia, las creederas, son una exigencia psicológica de realización personal y grupal. Pensamos que calmando nuestro "yo,"

mediante una creencia, alcanzaremos la felicidad, creemos también que seremos felices. Las creederas, para nuestra sociedad mexicana, han llegado a constituirse en un factor de división, de disgregación, en un elemento motor extraordinario y omnímodo de gran importancia para mantener la desintegración, la división, la multivalencia. La religión y la política han sido, y siguen siendo, tierra fértil donde proliferan las creencias, donde la dispersión en el pensar y en el actuar, es abono cotidiano de infertilidad, de aproductividad, de desproducción. Somos obreros mexicanos y luchamos contra los campesinos mexicanos. Si somos economistas, queremos imponer nuestras creencias a los credos de los ingenieros; éstos a su vez, quieren hacer imperar el suyo propio a las convicciones de los abogados, y así, en una cadena reactiva de credos superpuestos, de imperio conviccional, se actúa en descrédito de las demás creencias. Con esta pugna de creencias nos reafirmamos a nosotros mismos en nuestro "yo" y grupalmente. Sin embargo, no con lo anteriormente asentado quiero decir que tenemos que abandonar la creencia, antes bien, debemos reafirmarla en valores que trasciendan los grupos y los intereses sectarios, y que se ubiquen en la cúspide de nuestra nacionalidad por venir, en el vértice de una mística con profundo sentido histórico, con enorme y omnímoda responsabilidad que trascienda el corriente presentismo, que se sitúe en el proceso ubicuo de la real dimensión histórica, que comience a renacer la otra superficie de nuestra nacionalidad, que comience a germinar la real sociedad, el México de nuestros hijos.

Al referirme a la enorme gama de creencias que profesamos los mexicanos y a la necesidad de unificar creencias cúspides, credos con mística en nuestro futuro histórico; no quiero decir con ello que debemos uniformar y masificar las inseguridades de nuestra existencia individual y colectiva; antes bien, con ello quiero afirmar que debemos concertar valores, que siendo

trascendentes, históricos, humanos, inteligentes y afectivos, sean también, una real respuesta de lo que queremos de nuestro país como proyecto histórico que venga a colmar las inquietudes grupales y partidarias en su afán de sobrevivencia y en su profunda sensación de inseguridad. Hay que soslayar nuestras particulares y grupales creencias, para integrar la creencia cumbre de nuestro proyecto histórico, como comunidad, como nación. Hay que hurgar en los valores del espíritu, en los de la moral, en los del pensamiento, para unificar un plan común, una idea-plan colectiva que con suave equilibrio, blandura y armonía colmen nuestras enormes inseguridades individuales y grupales. Hay que escarbar y desenterrar en nuestro corazón y en el de los grupos, los valores que nos puedan indicar el eslabón hacia la verdadera integración comunitaria. La esencia del plan-creencia nacional no está en los principios de la economía, ni mucho menos en las ciencias exactas o formales. Antes bien, se dibuja en las llanas y simples realidades de la moral y del espíritu, en el reencuentro con los principios de la filosofía, en el reencuentro con nuestros propios valores, en la paz de nuestro espíritu, que no se consigue con las creencias, sino en la creencia "yo-comunidad", que es lo que crea la base del real proyecto histórico. Integrar nuestra creencia a la creencia comunitaria, crea la mística que es el aceite del gran engranaje que conforma una nación. Una creencia yo-comunitaria, no es un credo masivo ni masificante, antes bien, es una convicción llena de esperanza, llena de fe en nosotros mismos, en forma individual, pero con profundos nexos al prójimo, a la comunidad. Una creencia yo-comunitaria será la obligada cuota de los individuos y de los grupos, será el ahorro que nos conserve el crédito futuro para seguir conservando nuestra seguridad y la de nuestros hijos en los tiempos que están por venir. Una creencia yo-comunitaria que trascienda todos los credos, será el único reducto de un futuro confuso, lleno de desesperanza, donde la fe sea un valor perdido igual que la confianza. Una esencia yo-comunitaria, en donde el político o

el estadista que administren la creencia histórica, sea el principal ejemplo de pensamiento y acción congruente que unifique las creencias en torno al proyecto-fe-confianza comunitario. Una creencia comunitaria que "desliderice" pero que haga de cada individuo el líder de sí mismo y de su comunidad. La creencia yo-comunitaria es el antídoto de la abulia y de la improductividad, es el remedio, curiosamente, a los males individuales, es la preservación nuestra, histórica y sociológica. La productividad es confianza en movimiento y la improductividad es crisis de confianza. La mayoría de nosotros confiamos en algo, en alguien; cuando leemos determinados libros o escuchamos a una persona, ello nos infunde confianza en lo que se nos dice y en nosotros mismos fundamentalmente. Tenemos normalmente una falsa y demasiada confianza en nosotros mismos, y por ello olvidamos muchas veces dar confianza a los demás, porque con ello reafirmamos nuestras creencias y desacreditamos el credo de los demás. Así pues, cuando anteponemos nuestro credo al credo de los demás, incurrimos en excesos de confianza y ya no escuchamos ni hacemos caso de las demás creencias. Cerramos nuestro entender y nuestro comprender a las influencias de los otros. Creemos que esto o aquello lo podemos pensar mejor que aquel o este, y persistimos en nuestra fatua creencia que nos da confianza necia.

También nuestra vida pública se llena de una enorme masa de creencias y confianzas que deambulan disgregadas a lo largo y ancho de la vida pública. Esto sin duda perjudica el proyecto fe-confianza-comunitario, la productividad exige un alto grado de receptividad ante las creencias y confianzas de los demás. Exige vigilancia, presencia de espíritu, para aprender las creencias de los demás, para recibir, en forma abierta, el grado y frecuencia de la confianza del próximo que está y actúa frente a nosotros. Por eso la productividad nos exige un alto grado de prestancia; nos exige sobrevolar las creencias de los demás, para

poder realizar los proyectos individuales y comunitarios con alto sentido de responsabilidad personal y comunitaria. Hablar de productividad es disertar sobre nuestra libertad, en donde tiene su asiento; en donde tienen sus reales los grandes proyectos históricos. Pero hablar de libertad es también decir de compromiso, de atadura, de disciplina. Hablar de libertad comunitaria es decir también de profundo compromiso individual ante nosotros, frente a nuestro prójimo, hacia la comunidad.

La búsqueda de nuestro proyecto histórico como comunidad, como nación, se ha venido convirtiendo en el principal objetivo de nuestra búsqueda, pero cada día estamos más y más lejos de alcanzarlo. Buscamos dicho centro en la economía, en las divisas, en la tierra, en el petróleo, en los sistemas de producción, en los sistemas de productividad y por ello éstos llegan a ser importantes, lo único realmente prioritario. Es decir, cuando buscamos el centro de nuestro proyecto histórico en algo o en alguien, ese algo o ese alguien, se convierte en lo verdaderamente importante, en vez del centro del proyecto histórico como nación.

Las ideas y sistemas sobre producción, los sistemas de administración y los sistemas económicos y políticos, han venido tomando mayor relevancia y significación que el proyecto fe-confianza-comunitario en sí mismo. Así pues, como las ideas y los sistemas cambian y, transitoriamente, permanecen en el tiempo, no hemos podido configurar el proyecto fe-confianza-comunitario, núcleo único y substancial que vendrá a preservar nuestra inseguridad individual y colectiva en el tiempo histórico por venir. Si buscamos nuestro centro histórico, nuestro plan de vida comunitario en las cosas y en los sistemas de la índole que sean, hallaremos que no existe. El núcleo de nuestro futuro histórico que sustente la futura armonía y la alegría de nues-

tros hijos no está en las cosas o en los sistemas; tampoco está en la cantidad y calidad de las relaciones entre nosotros y nuestros prójimos —la familia, la sociedad o la nación—, ya que, observando detenidamente estas interrelaciones, veremos que no hay nada permanente, aunque procuremos hacer de la relación nuestro refugio.

Por otra parte, si las ideas se convierten en nuestro centro histórico del futuro proyecto, se integrará, poco a poco, otro sistema de ideas que irremisiblemente por la ley de espacio-tiempo vendrá a ser sustituido por otros sistemas de ideas. Estamos adormilados, no parecemos darnos cuenta de la inestabilidad de todo lo que nos rodea, de lo transitorio de las cosas, de lo caduco de muchas ideas, de lo efímero de los sistemas, que pretendiendo dar la solución, nos rodean y nos envuelven. Los sistemas hasta ahora propuestos para encontrar nuestro proyecto histórico han sido hasta ahora transitorios, se han desgastado, se han desvanecido; lo mismo debe decirse de las creencias y de las ideas que carecen de estabilidad, en donde la trascendencia histórica está ausente. No obstante, en todo eso queremos encontrar nuestro núcleo histórico, nuestro plan comunitario, pero porque no percibimos el profundo carácter transitorio de las cosas, de los sistemas de ideas y del tejido de la convivencia humana. De una serie de "ideas-soluciones" pasamos a otra serie, esperando encontrar el plan ideal, "la solución," pero no la encontramos. El tedio, la abulia y la desilusión se convierten en nuestros constantes compañeros y el triunfo sobre estos elementos se convierte en nuestro principal "problema". En esta constante es donde toma cuerpo la improductividad presente e histórica, la escasa rentabilidad humana y social. Pero surge la cuestión ¿podremos los mexicanos lograr enmarcar, nuestro proyecto histórico, nuestro eje salvaguardador de nuestras inseguridades individuales y comunitarias mediante algún objeto ya sea físico o ideal? La desazón, la desilusión y

la desesperanza serán inevitables, mientras busquemos la productividad histórica en algo ¿es posible que exista? para encontrar este proyecto de comunidad que pretendemos, tenemos que explorar la selva de conocimientos, sentimientos y acciones de nosotros mismos, pero antes tenemos que detener el paso del ritmo que nos lleva aquí y allá, para entrar en el conocimiento propio, el ideal de nosotros, en nuestro proyecto individual como seres humanos que cada día vamos siendo a través de nuestra presencia y permanente vigilancia. Debemos emprender un viaje, no hacia fuera, antes bien hacia el interior de nosotros mismos, aprender móviles, nuestros propósitos, nuestras exigencias conscientes y subconscientes. Sólo al darnos cuenta de nuestros pensamientos, de nuestros sentimientos e ideas conscientes, libramos a la mente de las confusiones y posiblemente también nos libramos de nuestras tribulaciones. Esta vigilancia de espíritu, esta prestancia, es lo único presente, es el real ahora, que conforma el eje del tiempo futuro y el fundamento de la productividad histórica, individual para la comunidad, y comunitario para el individuo. El eje histórico desde donde se sostiene la productividad es, sin duda, la adquisición de una intensa percepción del presente vehemente e inteligente, del ahora prestante y vigilante, del ahora intenso y definitivo, del ahora eterno, de eterno, de un ahora abandonador de la pretérita historia, despreciador de la letra muerta, de un ahora reverente con lo desconocido y fiel intérprete de nuestras inseguridades.

Nuestro sistema político tendrá, en este momento, como rector de nuestros comunes destinos, la necesidad de emprender el viaje a la otra orilla; tendrá la obligación histórica de ver y descubrir hacia dónde conduce el conocimiento propio; deberá darse conscientemente cuenta de lo que piensa, de lo que siente, de sus hábitos, de sus tradiciones y expresiones verbales; de cómo se dirige de palabra a los campesinos, a los obreros a los universitarios, a los empresarios, a los comerciantes, a los po-

bres, a los económicamente poderosos, a sus empleados y a los países y grupos poderosos. Eso le revelará a nuestro sistema político, cómo funciona su mente y corazón, eso le develará su grado de productividad histórica. De ahí en adelante, podrá proseguir nuestro sistema político y a medida que lo vaya haciendo, irá descubriendo hondas disociaciones, profundas observaciones y descubrirá también que lo real es el proyecto histórico, es la verdadera comunidad, la verdadera nación que debemos encajar en el territorio nacional, que surge de su reflexión sobre sí mismo, de su introspección. Esa verdad que no está en cosa alguna ni en ningún sistema de ideas, sino antes bien en sí misma, incommovible, es la verdad del sistema político, de la comunidad. Es nuestra verdad que vemos desde dentro de nosotros mismos.

¿Qué ha ocurrido en México después de algunos siglos de educación? Hemos tenido varias guerras intestinas que han semidestruido al mexicano. Hasta ahora la educación ha resultado improductiva, se quiere imponer lo que se debe de pensar. A los pedagogos modernos, a los programadores de sistemas educativos, la inmensa mayoría de las veces no les importa el proyecto histórico, no lo conocen, muchas veces ni siquiera piensan que pueda existir. A los técnicos en educación, inmersos en una concepción lineal de la historia, lo único que les interesa es donde poner su mente y corazón, es en producir mecanismos técnicos de suficiente eficacia para llevar a las masas lo que ellos tienen por bueno en base a su creencia y a sus ideas o a los sistemas de ideas. Desgraciadamente nuestros técnicos en educación han venido funcionando automáticamente, eso nos ha venido sucediendo a través de muchos gobiernos que han pasado por la República. La creación de mecanismos eficaces, que respondan a una era técnica y que formen técnicos eficaces, que construyan la moderna técnica sociedad, la eficiente "sociedad", eso es lo que el sistema educativo ha venido

creando, todo parece indicar que no se quiere que pensemos, que reflexionemos, a una tradición pretérita de manipulación religiosa, se sucede presente modernizante, de manipulación tecnológica. El resultado ha sido y sigue siendo desastrozo, enajenante, ha sido destructor. Que el hombre sea explotado y sojuzgado a nombre de "Dios" o de la moderna técnica, lo mismo da, para el caso se siguen las mismas consecuencias. La educación está al servicio de los gobiernos irreflexivos sin vida interior, sin proyecto comunitario, sin plan para su futura historia basada en los valores del espíritu, de la moral y de la inteligencia. Mientras esto suceda, se irá gestando, irá germinando su auto-destrucción, se perderá toda confianza, se nulificará cualquier creencia histórica-comunitaria. Al hablar de educación con altos índices de productividad histórica, nuestro sistema político deberá de averiguar, cuál es su objeto, cuál es el propósito de su existencia como sistema político. Porque si nuestro sistema político no encuentra sus hondas proyecciones que den razón a su existencia, entonces cómo podrá saber que fin persigue la educación, ¿cómo podrá responder al proyecto histórico? Lo que hasta ahora han hecho nuestros sistemas educativos, es otorgarnos una eficiencia extraordinaria para robarnos, para destruirnos entre nosotros mismos, para romper y pisotear el honor y el prestigio de los demás, para matarlo moral y físicamente unos a otros. Para ello han sido descomunadamente eficientes y productivos, nuestros sistemas educativos.

Los modernos sistemas educativos nos han convertido en negociantes vacíos, hacedores de dinero, entretejedores de relaciones inútiles e inseguras, esclavos del *status*. Los sistemas de educación, nos han hecho desperdigados, dispersos, disociados, nos han alejado de nosotros mismos, nos han separado, nos han disgregado. Hemos enceguecido, nuestro corazón está cerrado para captar los fines superiores, no los descubrimos. Por ello, por la escasez, por la ausencia de fines superiores, nues-

tra existencia significa muy poco, nuestra vida individual y comunitaria es sólo ficción, es boato falso, es tramoya superficial y decadente. Los sistemas educativos mexicanos han cometido un magnicidio, han matado al individuo, han asesinado a la comunidad, nos han convertido en máquinas religiosas, en artefactos automóbiles de hacer dinero, en engranaje político, en "valor" de negociación de las ambiciones de muchos líderes. ¿Cuál es entonces el propósito de la vida, de la existencia del sistema político mexicano? Con estas reflexiones ya hemos emprendido juntos el camino de la búsqueda de los fines superiores que deberán sustentar el proyecto histórico, el proyecto comunitario. Para que nuestro sistema político encuentre la realidad, el verdadero proyecto histórico, es preciso que goce de libertad, es decir que esté libre, que se libere de todo pensamiento condicionado, de todo el ritual que modula su acción y pensamiento político y se dedique a descubrir si existe algo más allá del poder y del dinero, del lujo y de la tramoya. no me refiero a la libertad jurídica o política, ni mucho menos a la libertad ejecutiva o religiosa; antes bien, me refiero a la libertad de condicionamiento, es decir, la libertad de las condiciones de orden psicológico que sitúan en el espacio y en el tiempo nuestro pensar y actuar, el pensar y actuar del sistema político. Es una verdad de perogrullo, es una palmaria certeza que nuestro sistema político se encuentra condicionado, confuso, su mente es estrecha, limitada, esclava de ideas supersticiosas, antiguas y modernas. Por consiguiente, el ciudadano, el pueblo, sufrirá las consecuencias de ese condicionamiento, mucho más difícil será educar al sistema político y al ciudadano, porque el sistema político ya se ha vuelto lerdo, tardo, lefio. La historia pasada nos ha demostrado que el sistema político, decenio tras decenio, se ha manifestado confuso, que pasa de un sistema a otro y que no encuentra lo que busca, por la sencilla razón de que no ha localizado el origen de la confusión, que con toda certeza es él mismo. ¿Cómo el sistema político mexicano podrá despertar la inteli-

gencia, la conciencia ciudadana, la mística comunitaria del ciudadano? Se tiene que educar al ciudadano, educar su mente y su corazón hacia su proyección histórica, llevarlo de la mano por los acantilados de la fe y de la confianza, allanar los caminos para que impere la luz y la esperanza: ¿cómo, repito, cómo puede nuestro sistema político despertar la inteligencia y abrir el corazón del pueblo, si el sistema no se entiende a sí mismo? ¿Cómo podrá despertar al ciudadano, en la inteligencia, en la creatividad? ¿Cómo podrá convertirlo en pared sólida de rebote del proyecto histórico?

Al sistema político le falta inteligencia, afecto, comprensión y vehemencia cálida, para el niño, para el joven, para el ciudadano. No habiendo eso yo no alcanzo a percibir, cómo pueda haber educación. Para que nuestra sociedad mexicana se transforme, tiene que haber una inmediata regeneración en el interior del sistema político. Hay planes y programas para la educación del pueblo en general, pero en los proyectos no hay calor efectivo ni pasión vehemente. El proyecto histórico que debemos comenzar a construir para nuestra patria, tendrá que dar por sentada una relación de intimidad, entre el ciudadano y el sistema político, entre las ideas del pueblo y las del gobierno; deberá existir una perfecta intimidación entre el sentir del ciudadano y el sentir del sistema político. Este supuesto básico de compartir íntimamente la inteligencia, los ideales, las necesidades y la abundancia, será el eje que sustente el entendimiento recíproco, sano psicológicamente, distante de toda enfermedad. Esta relación de intimidad, supone un diálogo, permanente, con términos luminosos y claros, con un peso específico bien entendido. Todo ello a su vez supone la aptitud de ambos para escuchar, para oír sin prisas ni correderas, o para fortificar las creencias que es ya el inicio de la disociación y la ruptura.

El sistema político perdió su capacidad de escuchar, por ello formula planes y juicios precipitados, prescritos, ya no es apto

para atender, se ha venido limitando a traspasar a través del tamiz de sus propios prejuicios e impresiones, si el sistema político mexicano, quiere entender de verdad lo que el pueblo dice, deberá escuchar no sólo el peso específico, la extensión y comprensión de la expresión verbal, sino también, y fundamentalmente, lo que el ciudadano quiere e intenta comunicar. Las palabras de nuestro pueblo no tienen gran importancia, es lo que se propone dar a entender. Nuestro sistema político está en la prisa, se confunde en los tentáculos que son multiformes, se aísla del ciudadano común; hace mucho tiempo dejó de estar en la intimidad con el pueblo. El proyecto histórico de nuestra comunidad, dependerá enormemente de la comunicación entre sistema político y ciudadanos, entre la cabeza y los miembros, entre las partes y el todo. La comunicación es más importante que la simple y muchas veces vacía expresión verbal que hoy en nuestros días se ha quedado sin sentido, en el vacío. ¿Qué más disímbolo que el lenguaje de nuestro sistema político? ¿Qué cosa existe más dividida que el pensamiento y la acción política? ¡Cómo hay incongruencia en el decir y en el actuar de nuestro sistema político! La comunicación es el canal más adecuado para traerlo a la realidad, pero debe haber de su parte la intención de comprender, porque si no la tiene, reducirá todo a palabras, a conceptos intelectuales y la comunicación con el pueblo resultará imposible. Sin embargo, si nuestro sistema político se resuelve de una vez para siempre a escuchar, la comunicación entre pueblo y gobierno se producirá en un modo profundo, intenso, extenso, lleno de sabiduría, pero sólo si hay intención de comprender. Los términos dejan de tener sentido en el transcurso del tiempo, sobre todo si hubo épocas en que los símbolos se desgastaron por el uso.

En la época actual, el símbolo comunión, como intimación, agregación, reencuentro, reintegración, debería, por razones históricas, reincorporarse a nuestra inteligencia, a nuestros predica-

dos verbales, a nuestras manifestaciones afectivas, a nuestras proyecciones históricas. Hoy, cuando hay muchos símbolos perdidos, como disgregados, fuera de nuestra mente y nuestro corazón, deberíamos, de nueva cuenta, desempolvarnos afanosamente, ciudadosamente, espléndidamente. Es un hecho histórico que el símbolo comunión dejó de tener sentido hasta para aquellas congregaciones humanas con fines religiosos que fundaban en ella, en la comunión, el eje sustantivo de sus actividades terrenales o de sus pretensiones celestiales. Este término se fue reduciendo hasta quedar en el terreno de lo sensorio, de lo físico y perdió su valor espiritual, su esencia metafísica. Ahora, de nueva cuenta, cuando nos encontramos perdidos en lo oscuro, en lo disímbolo, debemos encender la vela de los símbolos perdidos, para que hurgando en su esencia reencontremos el valor de lo ausente y le demos proyección para la futura historia, para el proyecto del porvenir, para colmar nuestras ansiedades, nuestra seguridad individual y comunitaria. Ahora, en esta noche, hay que encender la luz de la comunicación, hay que asociar los valores con las actitudes, hay que hacer que el sistema político comulgue con el pueblo, que el rector escuche a sus dirigidos, que éstos comulguen entre sí.

¿Cuál es el problema latente que nosotros los mexicanos tenemos en la época actual? ¿Es un problema del sistema político, es individual o un problema del montón, de la muchedumbre, de las masas? ¿Es un problema de un Municipio, de un Estado, o es un problema que afecta a los individuos que viven en el territorio nacional, independientemente de su religión o situación en el proceso de producción económica o de su colocación en el universo ocupacional? ¿Es un problema que no sólo afecta al individuo, sino a todos los mexicanos? Es una situación de desintegración, de derrumbe de incomunicación. Nuestro común pensar y actuar hace aparecer como si este problema no fuera nuestro, como si fuera independiente, como si

estuviera lejano, ausente. La corrupción, la degradación y la desintegración moral de nuestro sistema político y social no es independiente de cada uno de nosotros, este hecho se relaciona íntima y directamente por nosotros y, por ende, la responsabilidad es de la incumbencia de cada uno de nosotros. Nuestro principal problema consiste, pues, en no estar conscientes de que este conflicto es directamente de nuestra incumbencia y de que no somos conscientes, que somos directamente responsables.

Para nosotros siempre ha sido fácil y muy simple abandonar el problema y atribuirlo a unos cuantos dirigentes obreros, financieros, campesinos o gobernantes, a la sociedad; es fácil para nosotros atribuir el problema a los malos, mediocres manejos de un partido, a un plan "mal hecho", a una decisión "mal tomada", a los expertos economistas, a los técnicos. Actuamos y vivimos como si el problema no nos atañese de ninguna manera. Pensamos y vivimos como si no tuviésemos ninguna directa responsabilidad y aquí está precisamente, el eje, el fundamento de la cuestión, el nudo del problema. Nos sentimos ajenos a lo que nos es propio, vivimos distantes de lo que nos es connatural, abandonamos al "sistema" la dirección de nuestra comunidad. Pero me pregunto ¿El problema de México es un problema social o es un problema individual de cada mexicano? Se trata del derrumbe moral, de la corrupción política y social, del milagro mexicano que trajo más pobreza y marginación, del saqueo de nuestras arcas y riquezas naturales, ¿acaso no es problema nuestro o lo abandonaremos a la buena de Dios, al azar, esperando que caiga del cielo la solución, que se produzca de la nada una revolución? ¿Dejaremos el problema a algún otro novedoso partido o en manos de un dictador? Ciertamente nos encontramos los mexicanos ante un desafío que tenemos que confrontar, que tenemos que meditar y resolver. Para hacer frente a estos vicios de orden nacional a este reto enorme, sin preceden-

tes, tendremos que descubrir de una vez y para siempre, cómo responderemos, qué queremos para nosotros mismos dentro de un posible proyecto histórico que comenzará a germinar, de nuestra respuesta al problema que nos planteamos. ¿Cómo responderemos nosotros individualmente? La respuesta individual de cada uno de nosotros es muy importante, porque en última instancia una sociedad se compone de elementos como somos usted, yo, ellos y las normales relaciones.

Todo ello constituye la sociedad mexicana que está fincada, poderosamente estructurada en base a la interrelación de sus miembros, al intercambio de sus alegrías y tristezas, a cambio de sus intereses e ideas de sus afectos y desafectos, por usted, ellos y yo. Nosotros constituimos la sociedad, la comuna mexicana. Es trascendente que entendamos, que estemos convencidos de que nuestra vida interior, nuestra reflexión, el reencuentro con nuestros valores interiores, con los principios de una moral bien entendida, es el futuro de cualquier transformación social. Es el reencuentro con nuestros valores, sin condicionamiento, el que nos arrojará una mente lúcida, abierta, una mente despierta. Este será el inicio de una radical y fundamental transformación de nuestra vida nacional. Pero sin duda, de inicio tenemos la responsabilidad, cada uno de nosotros, de descubrir la respuesta que esté al alcance de nosotros en forma individual, completamente comprendida y controlada por nosotros mismos, una respuesta realista, no fantasiosa; una contestación que inicialmente esté en nosotros y con nosotros, una solución individual, sin condicionamiento.

La productividad histórica, exige un proyecto comunitario, exige una avanzada de voluntades individuales forjadas al calor del desconocimiento, templadas en el yunque cotidiano de una mente abierta, vigilante, despierta. Si queremos nosotros los mexicanos, responder a esta crisis nacional, cada quien desde

nuestros reductos de creencias aberrantes y destructivas, si queremos responder como economistas, como cristianos, como comerciantes, como comunistas, como derechistas o como "institucionalistas", es seguro que aún no hemos comprendido el verdadero sentido del desafío que queremos enfrentar. Que no hemos entendido la magnitud del problema, que no estamos ni siquiera en los linderos de comenzar a abarcar con nuestra inteligencia y corazón la enormidad del desafío. Una respuesta al desafío de la crisis nacional, desde estos cartabonados moldes, es ajustarse a lo viejo, a la pretérita historia individual, al desproyecto comunitario en el que sonámbulos caminamos, así como hemos respondido hasta ahora y aún sigue la crisis, y es cada vez mayor y más nuevo desafío. Es importante encontrar una respuesta fragante, válida, con novedad y frescor que corresponda al cada vez nuevo desafío. Todos nosotros hemos creado el problema, los obreros, los campesinos, los políticos, los banqueros, los cristianos, los "institucionalistas". Lo indispensable, lo inmediato, lo inicial para responder al problema de la crisis nacional será despojarnos de las viejas vestiduras, de las ocultantes máscaras, quitarnos el viejo ropaje mental y moral y responder al desafío, al nuevo reto nacional. Nuestra subsistencia nacional dependerá en gran medida de la calidad del confrontamiento con el desafío. Nuestro país está urgido de fincar las bases de su futura sobrevivencia, de lo contrario sucumbirá a los tiempos por venir.

Desde el punto de vista tecnológico, el adelanto se va dando, la industria y la tecnología van caminando a pasos agigantados, andamos de prisa, pero esa prisa, esas correderas por incrustarnos en el proceso de desarrollo industrial y tecnológico, nos provoca un adormilamiento moral, una abulia espiritual que nos deja en el completo atraso humano. Estamos escasos de fibra moral y así con esa blandura espiritual queremos hacer frente al reto individual, al reto tecnológico. Nuestros

líderes, nuestros dirigentes políticos y morales sienten una profunda desazón; están confundidos, todo parece indicar que han fracasado. Si seguimos eligiendo dirigentes desde nuestra inconsistencia moral y espiritual, continuaremos llevando al fracaso, a la confusión, la improductividad histórica. Con esa confusión en la que estamos inmersos los mexicanos escogeremos únicamente líderes de confusión y dirigentes aturdidos.

Deberemos, antes que todo, encontrar nuestro líder, nuestro dirigente; deberemos encontrar nuestra propia luz y descubrir nosotros mismos nuestros problemas. Deberemos comenzar por nosotros, idear, crear y cultivar nuestro proyecto individual de vida, relacionar nuestra proyección individual hacia los demás que integran la comuna, sólo mediante un creativo entendimiento de nosotros mismos puede surgir un mundo creador, un proyecto comunitario y luminoso.

La productividad no se da en la prisa, ya que la productividad es posesión reflexiva. Somos improductivos cuando nos domina lo ajeno, lo exterior, cuando se nos imponen las cosas y personas que viven en espacio y en tiempo diferente al nuestro. La prisa nos hace ineptos para que nuestra mente comprenda algo. Cuando se quiere entender con toda intensidad, la mente no está de prisa; está, antes bien, tranquila. Andamos de prisa porque somos presas del ayer, de los miles de los miles de momentos, incidencias y experiencias. De manera que para muchos de nosotros el pasado es el presente y nuestras respuestas y pensamientos son resultados del pasado. Nuestro sistema político mexicano ha venido viviendo del pasado, de las experiencias acumuladas, del amontonamiento de reacciones, de los recuerdos, y de "tradiciones históricas" con ese fondo mental nuestro sistema político no podrá entender la realidad, porque nuestra verdad como nación no tendrá que ser del pasado. Nuestro sistema anda de prisa porque le pesa mucho esos

miles de "ayeres", siente que el pasado se le viene encima, no es miedo al tiempo por venir, es terror al pasado. No se nos viene encima el futuro, antes bien, nos aplasta nuestra pretérita historia, nuestros pasados fracasos como nación, nuestras anteriores costumbres, convulsiones, nuestras pasadas frustraciones y experiencias. Andamos de prisa porque no tenemos nuestro tiempo, porque lo tenemos limitado, porque vivimos el tiempo de las cosas y de las personas que nos rodean, nos enredamos en el tiempo exterior y no tomamos el tiempo nuestro, nuestro ritmo, nuestra frecuencia, nuestra velocidad individual, que es la que nos proporcionará la paz creativa, la paz productiva, la quietud brillante.

Nuestra sociedad es presa del tiempo, se venden por kilos los relojes y las agendas; los compromisos proliferan en el tiempo; nuestra sociedad anda de prisa, tiene muchos compromisos.

Nuestra sociedad se ha comprometido hacia afuera, ahora no puede, mañana sí. Nuestra sociedad cayó en las redes del tiempo y perdió su capacidad de pensar para sí, porque no tiene un momento consigo. Está ocupadísima, tiene muchos compromisos vacíos, infértiles, improductivos, está comprometida con el miedo, con la profunda inseguridad. Es ahora el momento de comenzar a plantear un proyecto histórico sin prisas. Es ahora, en este momento lleno de confusión, en que nosotros los mexicanos nos detengamos a pensar qué queremos para nuestra comuna, cómo queremos que nos responda el sistema político, cómo deseamos vivir en el futuro mediato. Este momento de cansancio espiritual y moral es el gran momento, es el punto crítico del momento del tedio, de la rutina; es el límite del fastidio.

Aquí, en este espacio-tiempo nuestro, cabe la profunda reflexión, entre la convivencia con nuestros pensamientos,

con nuestros afectos, con nuestras fijaciones, tiene lugar un reencuentro con nuestras creencias. Ahora o nunca es el momento, hay que introducirnos en los caminos de la productividad con trascendencia histórica. Ahora es el momento de plantear nuestro proyecto individual y comunitario desde el eje sustantivo de la productividad histórica individual-comunitaria.